



Begoniák

ZELÁ BRAMBILLÉ



Nova Casa | Zelá

Publicado por:

NovaCasaEditorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2022, **Zelá Brambillé**

© 2022, **Carlos Alvarez Gonzalez**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Cristina Zacarías Ribot | Anna Jiménez Olmos

Cubierta

Mireya Murillo Menéndez (wristofink)

Maquetación

Elena López Guijarro

Corrección

Abel Carretero Ernesto

Impresión

PodiPrint

Primera edición: agosto de 2022

ISBN: 978-84-1127-388-6

Depósito legal: B 12700-2022

Esta obra está registrada en el 2022 en México a nombre de Andrea Alejandra Álvarez González y Carlos Ernesto Álvarez González.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Begonia

Cuando el pasado insiste en regresar

Zelá Brambillé

 Nova Casa | *Zelá*

Para esos momentos que nos calientan el alma,
para los buenos recuerdos que se fueron
y para las experiencias que vendrán.

Al golpe de la ola contra la piedra indócil
la claridad estalla y establece su rosa
y el círculo del mar se reduce a un racimo,
a una sola gota de sal azul que cae.
Oh, radiante magnolia, desatada en la espuma,
magnética viajera cuya muerte florece
y eternamente vuelve a ser y a no ser nada:
sal rota, deslumbrante movimiento marino.
Juntos tú y yo, amor mío, sellamos el silencio,
mientras destruye el mar sus constantes estatuas
y derrumba sus torres de arrebató y blancura,
porque en la trama de estos tejidos invisibles
del agua desbocada, de la incesante arena,
sostenemos la única y acosada ternura.

Soneto IX de Pablo Neruda



Prefacio

Entramos entre trompicones, risitas y susurros a su casa, se apoyó en la puerta después de cerrarla y me enfocó taladrándome de la manera que solo ella sabía. Se veía hermosa, enfundada en un vestido negro que se adhería a sus curvas y los tacones más altos que le había visto. Su cabello negro caía por un lado, se perdía después de sus hombros, estaba extraviado en ella y en todo lo que éramos. Simplemente no podía apartar la vista.

Me acerqué porque me llamaban sus ojos azules, ella hizo lo mismo, así que nos encontramos en la mitad del camino. Mi mano se envolvió en su cintura, las de ella alrededor de mi cuello. La adherí a mí, sonreía y me encandilaba con los rayos que emanaba. La amaba y lo habría dado todo por ella.

Nos bamboleamos como si estuviéramos danzando, olía a duraznos, a mi paraíso personal.

—Te amo, James —susurró.

Intenté deshacer el nudo en mi garganta, porque era la primera vez que me lo decía y estaba emocionado, aunque solo iba a durar un poco y quizá mañana me detestaría con todas las fuerzas de su cuerpo.

—Yo también te amo, luna —le dije de vuelta.

Me acerqué a su oído porque necesitaba olerla y grabar su olor en mi cabeza. La sentí estremecerse entre mis brazos y pegarse más a mí. Perfilé con la punta de la nariz su pómulos y fui dejando besos en el trayecto, escuchando de fondo la más armoniosa melodía de suspiros. Cuando llegué a su boca la besé, primero lento, hasta que no pude más y estrujé su cabello para hacerme paso con la lengua. Ella era deliciosa.

Mi corazón martilleaba a un ritmo que aún ahora me hace vibrar.

La deposité sobre mis pies y comencé a caminar con ella, entré en la primera habitación que encontré, la suya, porque sabía el trayecto de memoria. Un

aroma a ella me impregnó apenas di un paso adentro, eso solo logró que la estrujara más contra mí.

Había intentado resistirme a la atracción que me producía, pero ya no podía más. La necesitaba.

Su aliento se mezcló con el mío, sus manos acariciaron mi pecho y mi torso, y quitaron el saco negro que traía puesto haciendo que cayera en el suelo. Mis dedos comenzaron a deslizar el vestido hacia arriba, suspiré cuando pude sentir la piel cálida de sus muslos. Lentamente saqué su envoltura y barrí con la mirada su cuerpo perfecto. Me encantaba, me volvía loco con tan solo mirarme o pronunciar mi nombre, bastaba su olor para que mis sentidos ardieran.

Nos tendimos en el suave colchón y la recorrí con mis labios, entretanto ella gritaba mi nombre y se arqueaba.

Cuando no pude más, entré en ella de la manera más tierna que pude y despacio le hice el amor. Ella me tenía en la palma de su mano y lo sabía. Juntos nos unimos en una serie de gritos que me endulzaron el alma, creo que mi alma se quedó con la de ella esa noche.

Se recostó sobre mi pecho, acaricié su espalda hasta que se quedó dormida.

Entonces toda mi armadura cayó, la admiré, la miré desesperado porque no deseaba dejar escapar ningún detalle de ella. Sabía que era necesario y que, aunque me doliera, debía hacerlo. Lo hacía por ella, porque la amaba más que a nada en el mundo.

Mis ojos se nublaron, así que los cerré para atrapar las lágrimas desesperadas que no me dejaban respirar.

Luego los abro y de nuevo estoy rodeado por estudiantes, entre cuatro paredes más blancas y frías que la nieve, igualando a mi interior. Cuatro años no han bastado, porque el recuerdo es tan intenso que sigo sintiendo escalofríos al pensar en su boca diciendo mi nombre. Lo sé, no importa dónde se encuentre porque sigue estando en mi piel.

Suspiro porque me doy cuenta otra vez de mi realidad, del tiempo, de la distancia y de que, a pesar de todo, mi amor por ella sigue más vivo que nunca. Ardiendo, quemando; tanto, que duele.



Capítulo 1

—Señora Kingman, puede escupir ahora —le pido señalando el escupidero con la punta de la barbilla, y me deshago de los guantes de látex.

La señora se limpia la boca con la servilleta que reposaba en su pecho y hace el amago de levantarse, así que presiono el botón de la unidad para que regrese a una altura prudente. Es tan pequeña que sus pies no tocan el suelo, lo menos que deseo es que tropiece y se rompa los dientes por mi culpa.

Hago lo mismo, me pongo de pie, con las rodillas y la espalda un poco engarrotadas por permanecer tanto tiempo en la misma posición.

—Muchas gracias otra vez, doctora Thompson —susurra, a lo que asiento con una sonrisa—. Gracias por recibirme tan tarde.

A pesar de lo dulce que luce con sus dos pequeños anteojos y su nariz respingada, la señora Hilary Kingman es toda una mujer de negocios con su traje sastre y maletín de piel, siempre me pide citas a altas horas de la noche, no tengo mucho problema con eso, dado que de igual manera trabajo hasta tarde.

—Gracias a ti. No olvides hacer tu próxima cita para dentro de un mes con Jess —contesto casi de manera automática mientras la acompaño a la salida del consultorio. Luego recuerdo que, probablemente, Jessica ya se fue—. Tendrás que llamarle mañana.

Nos despedimos con un seguro apretón de manos y las comisuras alzadas. La veo salir del local, que ya está oscuro y solitario. Muy oscuro y muy solitario.

Alzo la vista para mirar la hora en el reloj empotrado en la pared. Los días siempre se van rápido, las horas pasan sin que me dé cuenta. Ya es más de medianoche.

Antes de cerrar la puerta de cristal de la entrada le lanzo una última mirada a mi lugar, y lo digo de ese modo porque es el único sitio donde los fantasmas no me persiguen, donde los recuerdos no se apoderan de mi piel y me hacen tiritar

como si estuviera en medio de una nevada fría y helada. Es el único espacio donde puedo permanecer tranquila y con los pensamientos ocupados, distantes.

Me hice con el local cuando recién salía de la universidad; en realidad, mi padre me ayudó a comprarlo. La sala de espera tiene una forma en media luna con sillones de color tierra, y el escritorio circular, en el centro, le da un aspecto que me gusta. Siempre hay mucha luz cuando es de día, el sol llena cada rincón con sus rayos; pero luego llega la noche y todo se vuelve carente de vida, casi como si me estuviera describiendo en una metáfora.

No es que no tenga vida, es que a veces siento como si fuera escasa.

Con un suspiro que no logro reconocer, me preparo para regresar a casa en Jordy, mi viejo Mercedes rojo. Jordy ha permanecido conmigo a pesar del tiempo gracias a la nueva batería que tuve que adquirir para que encendiera sin problemas.

A pesar de su sonido de metal oxidado, manejo por las calles de Hartford sin prestar mucha atención, porque ya me sé el camino de memoria. Después de todo, la rutina diaria se tatúa como la tinta y deja rastros.

Mi pequeño departamento no es nada fuera de otro mundo, papá muchas veces intentó comprarme algo más grande, pero no acepté. Ya sé por dónde va todo el asunto de ser generoso, así que prefiero ignorarlo y fingir que nada malo sucede.

Ingreso y dejo el bolso en la mesita de la entrada, me quito el suéter y camino a lo largo de todo el corredor. Del refrigerador obtengo una botella de vino y tomo una copa completa con el afán de liberar la tensión de mis hombros, ni siquiera entiendo cuál es la tensión del día de hoy. Me percató de la luz roja parpadeante del teléfono y presiono el botón para escuchar los mensajes almacenados.

«Mags, ¿cuántas veces te he dicho que no trabajes a estas horas de la noche y en vacaciones? Si estuviera ahí te sacaría a rastras de las orejas». Tess emite una risita desde el otro lado. Las esquinas de mis labios se alzan al imaginarme a Dan detrás de ella, susurrándole algo en el oído. «Llámame, ni pienses que vas a huir en esta ocasión. Tus sobrinas te necesitan, ¿de acuerdo? Yo también te necesito».

Mi corazón se oprime al escucharla, yo también la extraño y necesito. Hace varios meses que no he visto a Lottie, a Theresa —las dos gemelas de mi mejor amiga— y a Tess. No obstante, y aunque me muero por estar con ellas, hay

algo que me lo impide cada vez. Sé a la perfección lo que es, pero no me atrevo a nombrarlo en voz alta.

Al no haber otra llamada, me quedo estancada en el mismo lugar dándole tragos al vino y mirando a la nada. Mis ojos recorren la estancia y se clavan en la repisa de madera. Automáticamente me lleno de lágrimas y mi vista se nubla.

Un sollozo escapa de mi garganta, desde lo más recóndito de mi ser, de mis entrañas. No me doy cuenta, pero pronto ya me encuentro caminando hacia la fotografía que ha llamado mi atención como cada noche.

Sus pestañas enchinadas se ven tan reales que podría jurar que las tengo revoloteando frente a mí. Sus pupilas iguales a las mías me observan sonriendo, él sonreía con los ojos. La mata de cabello negro es tan abundante que nadie pensaría que alguna vez no la tuvo adornando su cabeza. Erik Thompson, mi pequeño Erik.

Una ola de recuerdos llena la habitación, es como si pudiera sentirlo cerca, como si pudiera tocar su suave piel y las puntas rebeldes de su pelo, también la nariz que solía arrugarse por las muecas de disgusto. Lo recuerdo cada día, cada hora, cada minuto que transcurre. No se ha ido esa sensación de felicidad cuando podía contemplarlo dibujar con su caja de crayones a un lado y su increíble pie al patear las pelotas de fútbol.

Mi hermano no era el mejor, y eso solo lo hacía más perfecto. No era feliz, aunque me sigue doliendo y, en ocasiones, le reclamo al cielo porqué me lo arrebató, comprendo que tenía otra misión en otra dimensión diferente a la mía. Sin embargo, el vacío no deja mi pecho, simplemente no puedo olvidar a Erik.

El recuerdo me atormenta, me endulza, me entristece y me alegra, son tantos los sentimientos y emociones que no sé. Solo sé que ver su fotografía me hace sentir en casa, en una casa que dejó de serlo cuando él se fue.

Luego, un fugaz destello aparece en medio del camino, un arbusto de color rojo entre mis dedos y unos ojos tan cafés como el mismo chocolate; y eso solo hace que me doble del dolor. Intento hacer desaparecer su fantasma, pero me persigue, me sigue persiguiendo a pesar de los siete años que han transcurrido. Siete años que lo único que han hecho, en lugar de aliviar, es hacer más profunda la herida.

Todo me golpea como si estuviera en medio de los rieles de un tren. Aquella noche, sus palabras, sus caricias, la dulzura, su mirada, su olor, nuestras promesas, un mundo que parecía haber cambiado cuando lo conocí, cuando le

di todo de mí y creí que él me lo entregaba también.

Me bajó el universo, lo puso en una charola; pero él no se quedó para contar las estrellas conmigo.

Y luego la nota en el jodido refrigerador de mierda, ese recado que sigo guardando en una caja junto con una fotografía, una nota que sigo buscando cada vez que tengo la esperanza de que regrese, aunque no necesito verla para saber lo que dice porque es tan simple que me da risa. Su traición, el dolor, todos esos meses que fueron un completo infierno; creo que fue peor que eso porque, al menos, los que están en el infierno saben que existe un cielo y yo no lo sabía. Las miles de llamadas no contestadas, los correos electrónicos que le envié cada vez que necesitaba escuchar su voz o sentir sus brazos cálidos, sus labios.

A veces, en medio de la agonía, me pregunto si fue real. A veces creo que todo fue un simple sueño de mi subconsciente, de algo que mi cabeza se creó para consolar su soledad. Quizá me hubiera gustado que así fuera, porque entonces el dolor también sería una mentira, pero es más verdadero que yo.

Me quedo sin aire, siento el impulso, pero lo reprimo y dejo caer la copa de vidrio antes de que me pierda en el alcohol, haciendo que esta se rompa en miles de fragmentos y cause un estrépito que retumba y se cuele en mis tímpanos.

¡Dios mío! ¡¿Por qué?! Intento gritar, pero ya no puedo. No puedo y no quiero hacerlo más, estoy agotada.

Corro hacia mi habitación, procurando no dar más vueltas al asunto. Cierro dando un portazo, tal vez con miedo a que el fantasma de mi pasado me persiga también en mis sueños.



Lo vi por primera vez frente a su casillero el primer día de clases en la universidad, me mantuve a una distancia prudente observándolo desde debajo de mis pestañas, mientras los otros se movían de un lado a otro sin inmutarse de que me encontraba en la mitad del pasillo contemplando a un dios con los cabellos rojo fuego. No es que fuera un galán, aunque era muy apuesto, es que me hacía sonreír sin siquiera intentarlo; ni siquiera se daba cuenta de ello.

Se estaba peleando con un tumulto de papeles y hojas, maldecía entre dientes, bufaba y sus dedos golpeaban con impaciencia el metal. Buscaba algo entre sus libros, lo sé porque los tomaba y los hojeaba para luego regresarlos a

su lugar con enojo.

Parecía un árbol en pleno otoño, naranja y rojizo por la rabia.

Luego vi la hoja doblada y tirada en el suelo junto a su zapato. No sé por qué lo hice, pero me acerqué y la recogí.

Dudé antes de hacerlo, yo no era como todas las chicas que estaban a su alrededor, no era la gran cosa. Toqué su hombro con mi índice, él se detuvo tan pronto me sintió y se giró en mi dirección. Entonces, mi respiración se quedó completamente atorada, no supe qué decir, mucho menos cuando él me sonrió por primera vez. Él me estaba sonriendo y yo llegué a pensar que se estaba burlando de mi torpeza.

—Se te cayó esto —le dije sin tartamudear, esa ya era una gran ventaja.

Él miró el papel entre mis dedos y regresó la vista a mis ojos. No supe en qué momento tomó la hoja, solo sentí el vacío en mi mano. El muchacho desdobló el papel y abrió los párpados con impacto.

—Muchas gracias —susurró con asombro, casi como si hubiera descubierto algo importante, yo solo quería alejarme porque ya no me sentía tan valiente. Él era enorme y yo era más bien una diminuta hormiga a su lado.

—De nada —contesté asintiendo ya sin mirarlo. Luego quise golpearme la cabeza porque mi voz había sonado demasiado aguda.

Comencé a avanzar hacia ninguna parte, solo quería alejarme.

—¡Espera! ¿Cuál es tu nombre? —preguntó agitado, no quería voltear y darme cuenta de que me estaba siguiendo. Aceleré el paso sin responderle, sin inmutarme, aunque era Hartford y frecuentábamos los mismos lugares, tarde o temprano me lo encontraría y me sentiría peor—. ¡Soy James!

No hacía falta que lo dijera, sabía muy bien quién era. James era el receptor del equipo de los Bulldogs, el equipo de la universidad, y era el mejor amigo del chico más popular, adinerado y *sexy* de la ciudad. Eso quería decir que era inalcanzable y había hecho bien en terminar todo de esa forma tan abrupta.

Zigzagueé entre las personas y me introduje en pasillos que más bien parecían laberintos, hasta que creí que lo había perdido. Y lo hice, pero yo también me perdí.

Cuando entré al aula busqué a Tess rápidamente, me topé con su larga cabellera castaña en un asiento en el fondo, así que fui directa. Un par de bromas y risas después, la clase comenzó y yo inicié con los apuntes. Una incomodidad comenzó a embargarme, los vellos de mi nuca se erizaron. Levanté la cabeza y lo vi.

Ahí estaba, unas cuantas bancas delante de mí, mirándome fijamente. No apartó su vista, yo sí lo hice. Me regañé mentalmente cuando descubrí que me estaba mordiendo el labio. En un impulso, decidí darle otra mirada. Él seguía en la misma posición, pero ahora me sonreía y dos lindos hoyuelos me hicieron sonreírle de la misma forma.

No me di cuenta de que debería haberlo ignorado, debería haber resguardado lo único que me quedaba en aquel entonces: mi corazón.



Lo mismo de siempre, eso es lo que pasa cada vez que amanece: un baño, la misma ropa quirúrgica, el mismo peinado sin cabellos en la cara, un desayuno ligero y un viaje de diez minutos en mi coche.

Al ingresar al consultorio, saludo a los pacientes que aguardan en la sala de espera —ahora iluminada— y me acerco a Jess.

—¿Alguna noticia? —cuestiono y deposito un beso en su mejilla.

Jessica acomoda su uniforme y sonrío cálidamente, es llenita y tiene un lunar en la punta de la nariz, su cabello canoso le cae sobre la frente cada vez que agacha la cabeza para teclear algo en la computadora. Ella ha sido mi más grande apoyo desde que Tess se fue a Nashville.

—Sí, querida. Ha llegado una paciente prepotente a exigirme una cita, cuando le dije que no sería posible entró en tu cubículo y se encerró ahí —emite atropelladamente, a lo que abro los párpados con incredulidad.

—¿Qué? ¿Así de fácil? ¿Por qué no llamaste a la policía? —cuestiono preocupada. Doy un brinco y me dirijo a la entrada dando zancadas.

De un jalón abro la puerta y me preparo para encontrar a una demente, en cambio, me quedo congelada, aunque solo por unos cortos segundos. Ella me obliga a reaccionar porque suelta un gritito eufórico. Suelto una risotada y me lanzo para abrazar a mi mejor amiga. Ambas nos tambaleamos y lanzamos risitas. No puedo creer que esté aquí, ha venido algunas veces y hablamos casi todos los días, aun así, es difícil mantener el ritmo cuando estamos tan lejos.

—¡No puedo creer que estés aquí, Tessilly! —exclamo sintiendo la emoción en la garganta y en el pecho.

No me había dado cuenta de cuánto quería verla.

—¿Ves lo que tengo que hacer para poder verte? Parece que te encierras en una cueva.

Me echo hacia atrás y la veo girando los ojos. Creo que se ve un pelín más

delgada, después del embarazo de las gemelas obtuvo peso que no tenía, todas las tardes me llama para quejarse y lloriquear mientras hace ejercicio, luego se escucha la voz de Dan diciéndole cosas indescifrables que le roban risitas.

—¿Por qué viniste? Si me hubieras avisado me habría preparado. —Hago un puchero.

—Estoy pensando en secuestrarte por unos días, Dan quiere festejar el cumpleaños de las gemelas y tienes que estar ahí —dice con ese tono autoritario que suele usar cuando no me queda otra opción. Ella se aparta, clava su mirada en la mía de forma escrutadora y menea la cabeza hacia ambos lados con reprobación. Lanzo un suspiro sabiendo muy bien lo que va a decirme—. Tienes ojeras, Margaret. ¿Es que te la pasas trabajando todo el día de nuevo?

Me echo hacia atrás, sintiendo sus palabras calar en mis huesos, y me encojo de hombros para restarle importancia.

—No tengo mucho que hacer por acá —digo sin ganas de seguir hablando de lo mismo.

Ella va a reponer, pero le doy una mirada que hace que cierre la boca y suspire, no muy conforme con todo el asunto. Siempre que hablamos quiere sacar el tema a colación, mientras yo intento evitarlo a como dé lugar.

—Hoy iremos a comer a un lindo restaurante con Amber, a las dos tengo que obligarlas y acosarlas para que salgan de sus mundos por un momento —emite. Voy a quejarme porque no quiero ver a Amber, pero Tess arruga los labios con disgusto, esa rubia no me termina de agradar del todo, no después de lo que hizo—. Supéralo, Mags, ya pasaron más de ocho años, ella está muy sola.

¿Cómo superar aquel día si marcó para siempre a Tessy? Ella guarda mucha bondad, aunque quiera aparentar que es fuerte como las rocas, por eso pudo perdonar a Amber, quizá por eso pudo seguir con su vida y yo sigo en el mismo pozo de siempre.

—Justo como se lo merece, Tess —repongo con el ceño fruncido, sin embargo, levanto las palmas en señal de rendición sabiendo que perderé de todos modos—. De acuerdo, lo haré.

Se dirige hacia la salida caminando de espaldas y sonriendo como una chiquilla que ha conseguido su más anhelado dulce. Su gesto alegre se borra antes de salir, se pone seria.

—¿Cómo está Andrew? —pregunta.

Automáticamente cierro los párpados y aspiro aire o me ahogaré.

—Él está bien, ya sabes, igual que siempre —respondo y ladeo la boca con tristeza.

Andrew no tiene ganas de vivir y cada día se adentra más en la oscuridad. Se está dejando vencer, y me duele. Sigue siendo la misma alma rebelde que conocí aquel día en los pasillos del hospital, solo que ahora un aura gris lo acompaña. Su gesto amenazador nunca se va, solo cuando está conmigo y me sonrío, solo cuando el dolor no puede más que la poca luz que le queda.

Mi amiga afirma con la cabeza al comprender a lo que me refiero, después de todo, Andrew no trata bien a nadie, ni siquiera si esa persona es como mi hermana. Pero Tess lo entiende porque ha pasado por momentos similares, sabe lo que es el mundo del cáncer. Por un momento veo esa chispa de dolor que se cruza en su mirada cada vez que recuerda a Lili —su hermana pequeña—, pero segundos después sonrío como si ella estuviera susurrándole palabras de aliento. Quisiera que Erik me susurrara palabras de aliento, desearía por lo menos haberme despedido de él como Tess lo hizo con su hermanita.

—Entonces vengo por ti a la una en punto, doctora Thompson. —Me guiña un ojo y sale sin mirar atrás.

Aún no puedo creer que esté aquí en Hartford. Antes lo hacía regularmente: acudía a mis mensajes de auxilio. Pero un día dejé de hacerlo, porque ¡vamos! Ella tiene un marido y dos hijas a las cuales atender, además de trabajar. Así que sin ayuda tuve que superar mis vicios y tentaciones.

Vuelvo a centrar mis pensamientos, porque debo atender a los pacientes que me esperan en la salita de la entrada.

Una vez que termino, me dejo caer en el sillón de la recepción y recuerdo, porque eso es lo único que hago cuando mi cabeza no está ocupada.



Nuestra primera cita oficial no fue complicada, en realidad fue lo más típico: películas. Vimos un trío de películas de aventura y magia, y después me llevó a casa. Él estaba nervioso, jalaba su cabello con los dedos. Nunca había visto nada más adorable que eso, estaba totalmente jodida.

Nos despedimos con torpeza, como dos adolescentes tímidos, pero antes de que pudiera entrar jaló mi brazo y me abrazó muy fuerte. Su altura me sacaba varios centímetros y su chaqueta de cuero negro chirriaba produciéndome escalofríos.

Quería que me besara, quería que me arrancara la boca, pero no lo hizo.

Así eran las cosas con James: calmadas y cómodas, pero al mismo tiempo era un torbellino de emociones. Podía volar en los cielos, navegar en el mar o dirigir un ejército.

Cuando me soltó, mis mejillas se enrojecieron, bajé la cabeza e hice el intento de ingresar a casa otra vez. No me dejó hacerlo, de nuevo me arrastró a sus brazos y yo fui gustosa a rodearlo. Sentir los huesos de sus escápulas fue demasiado para mí, ya estaba hiperventilando.

—No quiero que este día termine —murmuró en mi oído mientras su aliento me provocara cosquillas. Me estremecí—. No quiero soltarte, luna.

Había empezado a llamarme así, como un juego, una broma, porque su mejor amigo Dan llamaba a Tess «mariposa». James aseguraba que luna era un tipo de mariposa nocturna, no lo sé, pero me agradaba porque me hacía sentir especial.

—No lo hagas, pues —susurré de vuelta, y entonces ocurrió.

Sin saber cómo, sus labios moldearon los míos tan despacio que podía sentir cada brisa de su boca y la sensación de su lengua queriendo explorar la mía. Millones de explosiones se dispararon en mi estómago y en mi cabeza, mi corazón latía desenfrenado. Me dejé llevar, él venció mis barreras, mis murallas, me sacó de la celda y yo no opuse resistencia.



Tamborileo las yemas de mis dedos al ritmo de la canción que suena a todo volumen en el lugar. Tess nos deja a Amber y a mí en la mesa para poder ir a ordenar. Puedo observar cómo la mayoría de los hombres y unas cuantas mujeres se voltean para contemplarla, la miran de arriba abajo, y ni siquiera está usando algo que muestre su figura. Si hay alguien en este mundo que es capaz de verse ardiente en uniforme de hospital sin siquiera intentarlo es Amber Mills. Ruedo los ojos; a pesar del tiempo, hay ciertas cosas que nunca cambian.

Pero hay otras que sí lo hacen, analizo a la rubia, no se ve como la chica que conocí en la universidad. Se ve muy cansada y desanimada, apagada. Tal vez Amber aprendió la lección, luciendo así se ve más indefensa que un cordero. Ya no hay huella de aquella chica engreída y egoísta que una vez conocí en Hushington. Ya ninguna de las dos es la sombra de lo que un día fue, y solo por eso me simpatiza un poco.

Minutos después, las tres estamos sentadas en silencio, comiendo y evitando hablar de cosas muy profundas, al menos eso es lo que yo hago.

Tess lanza su hamburguesa al plato con frustración y apoya los codos en la mesa. Sus ojos son dos lagos grises llenos de disgusto.

¡Esa mirada!

—¿Qué carajo les pasa a las dos? ¡Joder, chicas! Ni siquiera han pronunciado una palabra de más de dos sílabas desde que llegamos —suelta enojada.

La rubia y yo nos miramos. El gesto es tan gracioso que ambas rompemos en risas, mientras la castaña arruga la frente sin comprender nuestra euforia.

—Lo siento, amiga, solo que esto es raro, estamos comiendo con una lunática que era nuestra archienemiga en la universidad, nunca vi que Batman tomara el té con el Guasón. Además, yo ya no salgo a ninguna parte. —Intento explicarle que ya no pertenezco al mundo al que una vez pertenecí.

—Apoyo a Mags, he pasado tanto tiempo en el hospital que ya no recuerdo cómo es que debo comportarme —dice Amber después de hacer una mueca.

Mi mejor amiga bufa y maldice entre dientes, después nos señala con su dedo índice.

—¿Saben qué? Alguien necesita quitarles esa autocompasión, ya tuve suficiente de esta mierda. —Se centra en la otra y se aclara la garganta.— Sé lo que es esconderse, sé lo que es que los demás opinen sobre tu vida como si de verdad tuvieran idea, sé lo que es sentirse menospreciada, sé lo que es llorar en las noches cuando crees que nadie te juzga sin saber que lo haces tú misma. Lo hiciste mal, muy mal, durante muchos años. Pero ya no eres esa chica y debes salir adelante. Si no te perdonas tú, ¿cómo esperas que lo hagan los demás?

Ella no responde, pero las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas, una incontrolable cascada que me provoca un nudo en la garganta. Sin embargo, no puedo procesar nada porque, de pronto, Tess se gira en mi dirección. Trago saliva y me preparo para escuchar su nombre y sentir el dolor.

—Perdóname, Maggie, si después de esto no me quieres volver a dirigir la palabra, lo aceptaré, pero sé que al menos algo causarán mis palabras. ¿Crees que ese hijo de perra merece estos casi ocho años de sufrimiento? No te reconozco. ¿Crees que merece todas esas lágrimas que le lloraste y que sigues llorando? ¡Ya es suficiente! ¡Tú sola estás haciéndote daño!

»No bastó intoxicarte de alcohol y casi matarte en aquel accidente, no bastaron las costillas rotas o la contusión en la cabeza, no bastó el encerrarte en un mundo de tristeza y soledad, no bastó sacrificar tu vida entera y atarte a

alguien desahuciado solo porque te recuerda a tu hermano con cáncer de hígado. ¿O me vas a decir que estás con Andrew porque es el amor de tu vida? James ya se fue, Mags, debes de aceptarlo de una buena y maldita vez y seguir con tu vida. ¡Vivirla!

No sé en qué momento comencé a llorar, hay cosas que amo y odio de Tess, y a pesar de que me reconforta saber que puedo confiar en que me dirá la verdad, en este instante la detesto.

Me levanto de la silla y salgo del restaurante tan rápido que me sorprende no caerme en el camino al exterior. No sé cómo lo logro, pero llego a mi departamento. Me deslizo hasta que caigo en el suelo y me entrego a la agonía.



Capítulo 2

Una vez más imagino su rostro en las caras de las otras personas que transcurren en el exterior del consultorio. Casi puedo imaginar su melodiosa voz gritando mi nombre para que pare de hacerle cosquillas o su risita cuando mordía su labio.

Y una vez más recuerdo que la tengo lejos, que no sé nada de ella, que no sé si me ha olvidado, si me odia, si es feliz junto a otro hombre. El nudo en mi garganta al ver su foto en mi fondo de pantalla me hace apretar la mandíbula, pues duele, duele como el infierno imaginar que otro la toca como yo quiero tocarla, que otro la besa como yo quiero besarla, que otro la mira sonreír como yo muero por hacerlo.

Tan solo pensarla mirando a alguien más de esa manera, como siempre me miraba... Yo no puedo con eso, es demasiado. Y siete años no han bastado para calmar la tortura.

La recuerdo todos los días, pero hoy me siento más miserable que de costumbre. Hoy que he sido testigo de mi patética vida, de lo ridícula que se volvió desde que ella no está. Tengo todo lo que había querido: un empleo respetable con un buen sueldo, mi propio lugar en una ciudad hermosa e independencia; pero me falta la pizca que hace que todos mis sueños valgan la pena. Me falta la mujer a la que abandoné hace siete años.

Hoy, mientras introducía un marcapasos en el pecho de un paciente, me puse a contar las cosas que me quedarán el día que muera. Por ejemplo, si muero hoy, ¿cómo me sentiría en una cama sin una mano que me haga sentir que todo irá bien? ¿Cómo me sentiría si muero sin ver su cálida mirada o sin sentir sus curvas de nuevo? Digamos que solo me queda un minuto de vida, pero yo no la tengo cerca para recordarle que la amé hasta mi último día.

Moriría siendo el hombre más infeliz sobre la Tierra.

He intentado arrancarla, pero su esencia está grabada en lo más hondo de mi piel.

No me contengo, mis mejillas se mojan creando una tormenta, me aferro a la madera del escritorio hasta que mis nudillos se vuelven blancos. ¡Pura mierda! ¡Maldito dolor hijo de puta!

Hay algo que siempre hago cada vez que me siento de esta forma, cada vez que la extraño de esta manera. Ingreso a su perfil en Facebook —sin tener una cuenta— y la busco. Busco su nombre, aunque ya lo tengo grabado como favoritos, y veo lo único que permite su privacidad: su foto de perfil.

Y, entonces, mi corazón se aprieta tanto que creo que se encogerá para siempre. Mi luna.

No me puedo contener, así que tomo el teléfono con los dedos temblorosos y le marco a una de las personas con las que sigo manteniendo comunicación. Papá me contesta al tercer tono con su voz ronca a causa del cigarro. Intento sorber por la nariz y recomponer la voz aclarando mi garganta para que no se dé cuenta de mi estado. Lo menos que quiero hacer es preocuparlo más.

—Hola, papá —respondo a su saludo de siempre, intentando sonar lo más casual posible—. Yo... ¿no me han llamado? ¿No ha llegado algo para mí este mes?

La esperanza en mi tono es notoria, hasta suena absurdo. Papá suspira con melancolía, pues sabe a dónde va todo el asunto. Cada vez que no puedo más lo llamo y tenemos esta misma conversación. Yo pregunto, él suspira pesaroso, me recuerda lo que ya sé y yo me quedo solo de nuevo; es como una rutina.

—No, hijo. Sabes que Maggie dejó de hacerlo desde hace tres años —responde en un susurro, seguro para que mamá no escuche, pues tiende a ponerse a llorar cada vez que recuerda el tema. Mamá adoraba a Mags, le afectó mucho cuando ella dejó de ir a buscarme, tanto como me dolió a mí—. Creo que deberías volver, James, no puedes esconderte toda la vida, ya pasaron muchos años. Además, la mayoría está en la cárcel, no creo que corramos peligro si regresas. Extrañamos a nuestros hijos.

Mi gesto se retuerce cuando hace referencia a Jennifer, hace años que no sé nada de ella. La última vez que la vi me dio un beso en la mejilla y dijo que se iría porque no podía soportar las mentiras. Cuando me enteré de lo de papá supuse que ella se había dado cuenta antes. Para ella fue sencillo, un día nos dijo que estaba enamorada y al siguiente se iba a Seattle con su esposo. A veces llama por teléfono o manda tarjetas en Navidad.

Pero mi situación no es tan sencilla, no es solo mi vida la que está en juego. Están mis padres y Mags.

—¿Has sabido algo de ella? —cuestiono, porque ella sería el único motivo por el cual volvería, pero si ya es feliz sin mí no sería conveniente arruinarla de ese modo.

—No, deberías hablar con Dan, ¿siguen en contacto? —responde.

Sí, seguimos en contacto, todo ese tiempo hemos estado hablando, él sabe toda la verdad; es el único al que me atreví a contarle. Es como mi hermano, y en alguien tenía que sacar toda la frustración. Dan me apoyó en todo, a pesar de no estar de acuerdo en mi modo tan drástico de actuar.

Nos marcamos de vez en cuando, aunque él ya no puede hacerlo a menudo, pues tiene a su propia familia y lo hace a escondidas, cuando Tess —su esposa— no está en casa; Tess me detesta. Sin embargo, yo nunca le he preguntado por Maggie y él nunca me ha comentado nada de ella en todos estos años. Es como si fuera un acuerdo para evitar el tema. En cierto modo se lo agradezco, ya que solo sería aumentar más el dolor, pero hay otra parte de mí que siempre se muere por sacarle información.

—Sí, pero..., pero no sé si quiero saber —digo con la voz pausada y con la respiración fallando un poco—. No sé si quiero confirmar que se olvidó de mí.

Y es que eso es lo más probable, lo más lógico y razonable. ¿Quién va a recordar con cariño a un sujeto que se marchó después de tomar su virginidad? Fui demasiado egoísta, jamás me perdonaré aquello.

Quería que se me quedara grabada, y funcionó, porque cada vez que cierro los ojos puedo ver, sentir y escuchar todo sobre ese momento que se ha convertido en lo único que me mantiene con vida.

—Piénsalo, James —dice como despedida.

Eso es lo que siempre hago, pienso...



Eran cristalinos, como el agua lenta y tranquila de un río. Cuando la miraba a los ojos me sentía pacífico, me hacía flotar.

Empezaba un nuevo semestre el día que la conocí. Yo estaba furioso porque no encontraba el horario y no quería llegar tarde; siempre fui un quisquilloso con todo lo relacionado con la universidad. Quería darme cabezazos en el metal de mi casillero mientras esparcía todos los papeles en el pequeño cajón.

Sentí cómo alguien me llamó tocando la curva de mi hombro. Ya me

imaginaba que era alguna porrista queriendo colgarse por el resto del día, muchas lo hacían solo para estar cerca del capitán de los Bulldogs; yo era el medio para llegar a Dan Adams. Me giré dispuesto a despachar a cualquiera que estuviera interrumpiéndome, pero me quedé pasmado en cuanto la vi por primera vez.

No era una porrista, nunca la había visto.

Ella me tendió el papel que tanto estaba buscando, casi como si fuera un ángel mandado por el cielo. ¡Venga! Sé que suena tonto, pero ese fue mi primer pensamiento.

Ni siquiera me dijo su nombre antes de desaparecer por el pasillo con sus mejillas sonrojadas. Con una sonrisa bailando en el rostro, me dirigí al aula correspondiente. Los estudiantes me saludaban, incluso gente que no conocía, pero no presté mucha atención, pues esos ojos mar aún rondaban en mi cabeza. Cuando me di cuenta de que se me hacía tarde, comencé a correr.

Iba tan distraído que no me di cuenta y me estampé con alguien; esa era Tess, y la recordaba a la perfección. Aguanté la risa porque seguro Dan se iba a quedar asombrado cuando se diera cuenta de quién había aparecido en Hushington.

Era la chica que Dan había querido llevarse a la cama aquel viernes en The Garden, fue la chica que había coqueteado con él y luego lo había mandado a la mierda sin reparo alguno. Era demasiado divertido todo el asunto y más cuando lo vi en el otro extremo del pasillo con los ojos más abiertos que una planta carnívora buscando a su presa. Dan miraba a Tess con asombro, aunque ella no se daba cuenta.

Conocía a mi amigo como a la palma de mi mano, por eso sabía que se acercaría más pronto que tarde, y así lo hizo. La hizo enojar tanto con su palabrería de mujeriego petulante que Tess lo humilló frente a todos y huyó a la parte trasera del salón antes de que él saliera, así fue como me quedé solo en el pupitre.

Comencé a ordenar los útiles que iba a necesitar para tomar los apuntes, había decidido tomar clases extra, y esa era una de ellas. Un estrépito me sacó de mis pensamientos. Levanté la cabeza y una sonrisa involuntaria se instaló en mi rostro. Intenté controlarme, pero es que era casi imposible que tuviera tanta suerte. Ahí estaba la misma chica del pasillo, luchando con su melena oscura y con los libros que insistían en resbalar.

Con agitación se dirigió hacia el fondo, casi sin pensarlo. Entonces lancé una

risita entre dientes cuando ella se sentó junto a Tess.

Me esforcé mucho en intentar reconocer su nombre, escuchar o leer los labios de alguna de las dos, pero no lo logré, pues ellas solo susurraban y lanzaban risitas.

Más adelante —cuando pasaron lista— supe que se llamaba Margaret Thompson. Margaret.

Ella se centró en su libro: leía con el ceño fruncido y yo pensé que nunca había visto algo tan hermoso. De pronto, alzó la mirada y nuestros ojos se encontraron.

Estuve tentado a apartar la vista, ya que me había atrapado casi babeando por ella, pero tampoco quería despegar mis ojos de los suyos.

No se me ocurrió nada más que sonreírle. Creí que me iba a ignorar, pero comenzó a morder su labio, sumida en sus pensamientos. ¡Era la cosa más sensual que había visto! Luego dejó de hacerlo y me dedicó una linda sonrisa que me convirtió en gelatina.

Por lo regular las chicas no solían ponerme de ese modo, no era como Dan, que le gustaba estar con cualquier falda andante. No era virgen, pero me gustaba que eso sucediera con personas que fueran lo suficientemente importantes, así que sentir la tentación de levantarme y besarla era confuso, pues yo no tenía ese tipo de arranques impulsivos.

Quería saber más, quería conocerla. No paré hasta que lo hice.



Permanezco quieto y después alzo lo vista para ver la fotografía de nuevo. Sigue siendo la misma, los mismos ojos tan azules como el cielo, sus cabellos como la noche y su sonrisa como la miel. Luce más hermosa que antes, incluso. Ahora es toda una mujer.

Mis dedos cobran vida y comienzan a marcar ese número conocido; ruego que me conteste y, por suerte, lo hace unos cuantos segundos después.

—Dan Adams, aquí —saluda con nuestro viejo saludo de adolescentes, haciéndome sonreír.

—James Perkins, aquí —digo de vuelta como respuesta.

Dan comienza a platicarme sobre el cumpleaños de sus hijas. En cierta forma me siento mal porque no las conozco y siempre me dije que quería conocer a los hijos de mi mejor amigo. Él me manda fotografías de ellos en ocasiones, siempre me hace sonreír ver las similitudes entre las dos pequeñas gemelas.

—¿Me estás escuchando, *bro*? —pregunta él en tono burlón.

—Sí, es solo que... Llamo para otra cosa. —Espero que diga alguna tontería, pero solo se mantiene sereno en la espera de lo que planeo decir. Agarro aire, me mentalizo para las posibles respuestas antes de abrir la boca.— ¿Ella cómo está?

El otro lado de la línea se queda en silencio sepulcral, tan silencioso que trago saliva, nervioso, y temo que me haya colgado.

—Tardaste siete años en preguntar, más de lo que pensé que tardarías —suelta más serio que nunca, creo que hasta un poco molesto—. ¿Por qué ahora?

¿Por qué? Ni siquiera yo lo sé, pero últimamente me siento más incompleto, al grado de no soportarlo. Era fácil si ignoraba, aunque al final y al comienzo del día ella aparecía como un fantasma.

—Porque esto es una puta tortura, necesito escuchar algo, lo que sea, solo quiero saber qué es de ella. ¿Está casada? ¿Tiene una familia? ¿Es feliz? ¿Cumplió todos sus sueños? No lo sé, necesito algo porque voy a explotar por lo mucho que la sigo amando.

Mis ojos vuelven a picar, vuelvo a sentir esa impotencia que me pasa por el pecho cuando quiero regresar a Hartford y explicarle, suplicarle que me perdone, que me dé otra oportunidad. Pero luego la imagino mirándome con odio y repulsión y no sé si estoy preparado para ser testigo de que ya no formo parte de su vida, de que perdí siete años y eso no puedo enmendarlo, de que no cumplí las promesas que le hice y que ya no estoy ahí para limpiar las lágrimas o tomarle una foto cuando ríe.

—Nunca estuve de acuerdo con esa decisión de desaparecerte de pronto sin dar señal alguna de vida, pero decidí apoyarte porque eres mi amigo. Y porque eres mi amigo te voy a decir que fuiste un maldito bastardo, James, sé que lo hiciste para protegerla, pero la lastimaste, Maggie sufrió demasiado. —Dice cosas que ya sé, tengo claro todo eso, necesito más, no que me repitan lo que yo me digo todo el jodido día.— No tienes idea de cuánto la lastimaste y no sé si decirte... No sé, tal vez deberías dejar todo esto y seguir con tu vida.

—¡No! Es que no te das cuenta de que nunca podré seguir con mi vida, ella siempre va a estar de alguna forma clavada. Al menos si sé que está bien, quizá pueda sentirme mejor —digo, segundos después escucho su suspiro resignado.

—Maggie... —susurra y guarda silencio.

—¡Joder, Dan! Solo dilo..., solo acaba de decirlo —suelto sintiendo que me va a dar un ataque si no escucho lo que tiene por decir.

—Mags está comprometida —responde partiéndome en dos, estrujando con una simple oración cualquier esperanza que estuviera aún entre su recuerdo y yo.

Puedo mirar cómo caen los pedazos de un corazón que yo mismo decidí quebrar al marcharme, al apartarla, al abandonarla.

El aire se me sale en un jadeo. Siento una cuchillada en el alma al escuchar esas palabras, al confirmar que ella continuó un camino sin mí. Sabía que era lo más probable, pero escucharlo es más duro que imaginar.

—¿C-co-mprometida? —emito la pregunta sintiendo el corazón doler como nunca, sintiendo ese hormigueo en la punta de mis dedos. Cierro los párpados intentando contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos, pero no logro detenerlas. Lo escucho afirmar con un sonido nasal y todo mi mundo se derriba—. ¿Lo ama? ¿La hace feliz?

Es agónica la sensación de saber que la chica de tus sueños, esa con la que soñabas un futuro, con la que aprendiste a amar, esa que sigues amando a pesar de la puta distancia, del puto tiempo, de los putos problemas de mierda, va a pasar el resto de su vida amando a alguien que supo darle lo que tú no.

—No sé si lo ama o la hace feliz, solo sé que va a casarse dentro de poco. No debería sacarte de tu miseria... —murmura, dubitativo, llamando mi atención. Me endezco en mi asiento y presto atención—. Me apiadaré solo porque eres mi hermano, pero debes saber que no lo mereces. Andrew está enfermo, tiene cáncer y está invadido. Solo tiene esperanza de vida de unos cuantos meses. Idolatra a Mags y ella lo hace por Erik, al menos eso cree Tess.

Erik, el hermano menor de Maggie.

Cuando la conocí, ella vivía bajo la sombra de la muerte de Erik, toda su familia, para ser más exactos. Mags estaba tan sola, sus padres ni siquiera la miraban por estar sumidos en sus mundos de pérdida y dolor, sin saber que su hija también sufría tanto la ausencia de sus padres como la de su hermano. Todo querían arreglarlo comprándole cosas y mascotas, pero nunca estuvieron con ella.

—Eso no me hace sentir menos miserable —emito con una mueca—. ¿Qué más ha pasado?

—Cuando te fuiste, ella realmente pensaba que volverías, repetía que tú jamás la abandonarías de ese modo, todos los días mandaba *emails* a tu correo electrónico e iba a casa de tus padres. Un día entendió que no ibas a volver y se deprimió. —Cierro los ojos sintiendo el dolor oprimir mi pecho.

El *email*: esa cuenta que me sigue dando tanto pánico abrir.

No fue sencillo hacer lo que hice, no fue fácil optar por la lejanía para protegerla.

—¿Y ahora? —cuestiono.

—Ahora ella es una adicta al trabajo, comprometida con un hombre que va a morir tarde o temprano y que solo está metida en su casa. Ahora, tú dime, ¿sus sueños se cumplieron? —pregunta, aunque seguramente sabe la respuesta.

No, ciertamente no.

—Sé que probablemente vas a mandarme a la mierda y sé que si Tess se entera de lo que estoy haciendo se va a enojar como el infierno conmigo... —murmura—. Theresa y Charlotte van a cumplir años y quiero organizar una pequeña reunión solo con la familia. Como ya te dije, mi mariposa fue a Hartford para obligar a Maggie a venir. No sé si funcione, porque Mags nunca quiere pasar por aquí, pero también conozco a Tess. Sería una buena ocasión para verla de nuevo, ¿no crees?

Trago saliva con nerviosismo ante la simple idea de tenerla una vez más frente a mí, de olerla, aunque sea desde lejos.

—Pero está comprometida —susurro queriendo poner pretextos porque soy un cobarde.

—¡Agárrate las bolas e impide ese jodido compromiso! No me marques de nuevo si no es para decir que vas a venir a Nashville, cabrón —gruñe Dan antes de cortar el teléfono.

Me recargo en el respaldo con la mente hecha un mar de confusión y evoco con los ojos cerrados lo que un día fuimos.



Todo el camino a su casa lo hice con las manos sudando en el volante, continuamente me miraba en el espejo asegurándome de no tener algo extraño en el rostro. Uno nunca sabe cuándo puede salir un grano o algo parecido, y no quería que ella presenciara algo desagradable como eso en nuestra primera cita.

Cuando me estacioné afuera de su casa di un respiro profundo antes de salir. Caminé por el sendero hasta la puerta y toqué el timbre. Su padre me abrió y me dirigió a la sala. Joseph era un hombre no tan viejo, pero las arrugas en su rostro no ayudaban a su apariencia, había rastros de canas en su cabellera negra y su mirada era triste.

Me dejó ahí, sin siquiera asegurarse de con qué clase de chico iba a salir su

hija, algo que me pareció extraño. Luego apareció Sasha, su madre, con el mismo semblante melancólico. No me preguntó mucho, pero empezó a mostrarme fotografías de su hijo pequeño. Maggie y él eran idénticos, tanto que habría pensado que eran gemelos si las edades no fueran tan distintas.

Margaret no demoró demasiado, apareció con una gran sonrisa que se borró en segundos al ver a su madre con el álbum. Vi su cambio de humor, percibí los distintos estados de ánimo que transitaron por sus pupilas. En ese instante no entendí nada, así que me levanté y caminé hacia ella.

—Hola, te ves preciosa —le dije, porque de verdad lucía hermosa con ese cabello un tanto ondulado y sedoso que me moría por cepillar.

—Gracias —susurró mirándome por debajo de las pestañas, cambiando de nuevo de ánimo.

Era fácil saberlo porque sus ojos eran demasiado expresivos. Me fue fácil identificar cada cambio con el tiempo.

Nos fuimos de ahí, pero el camino a mi casa no fue mejor en absoluto. Ni siquiera cuando comenzamos a elegir las películas en la salita que solía usar para eso. Ella se mantenía silenciosa, con la vista en la pantalla y con los puños apretados. Quería preguntar qué era lo que estaba mal, pero tampoco quería presionarla, y algo me decía que aquello había sido por su madre.

De pronto, lanzó un suspiro que me hizo enfocarla, ella me estaba mirando con la boca ladeada.

—Lo siento, seguramente soy la peor compañía de todas esta noche —susurró con tono triste mientras retorció los dedos en su regazo.

No dudé, acuné una de sus manos y la llevé a mi boca para depositar un beso y después entretener nuestros dedos.

—Solo con estar aquí eres una buena compañía —respondí, sus ojos se cristalizaron, pensé que lloraría y no quería verla llorar—. ¿Quieres hablar de ello?

—Lo siento, suelo ignorarlos, pero a veces las actitudes de mis padres me molestan demasiado —dijo. No dije nada, pues sabía que necesitaba sacar eso que tanto la angustiaba, así que tomé el control remoto y apagué la televisión. Después me concentré en ella y en la sensación que me producía su mano en la mía—. Erik era mi hermano pequeño, murió hace mucho tiempo por cáncer en el hígado. Ellos aún no superan la pérdida, yo tampoco; nadie, en realidad. Erik era la luz de la familia.

La vi lagrimear, así que me aventuré y la envolví en un abrazo, ella lo aceptó y

apoyó la cabeza en mi hombro.

—Lo siento mucho, no sé qué se siente porque nunca he pasado por algo como eso, pero creo que debe de ser una mierda —murmuré con sinceridad—. ¿Has intentado hablar con tus padres sobre esto?

—Alguna vez lo hice, pero ellos no escuchan. Mamá se la pasa con ese álbum y papá suele encerrarse en el despacho para tomar por horas. No quiero hablar de eso, hoy quiero estar en esta cita sin sentirme mal por Erik.

Asentí cuando ella levantó la cabeza para mirarme y le sonreí.

—Todo es más fácil cuando sonríes —susurró haciendo que mi interior temblara y mi mundo se llenara de colores.

—Todo es mejor cuando estás cerca —contesté, y besé la punta de su nariz, provocando que un sonrojo se esparciera en su cara.



Me levanto del asiento al percatarme de la hora en el reloj, apago el monitor del computador y me deshago de la bata blanca para colgarla en el perchero del consultorio. Me dirijo al exterior de mi cubículo y le sonrío distraídamente a los doctores y enfermeros que caminan de un lado a otro.

Una vez afuera, doy zancadas hasta llegar al coche, aparcado en el mismo lugar del estacionamiento, y conduzco por las calles de Londres hasta llegar a mi departamento.

Puedo ver parte de la ciudad desde la ventana de arriba, los lindos parques llenos de fuentes adoquinadas. Londres está lleno de luces y vida; por eso no me gusta, no me siento de esa forma.

Me voy a la cama después de vestirme con algo más cómodo para dormir y me siento en el borde, mirando la fotografía que se encuentra sobre mi mesita de noche, y sonrío con tristeza.

Éramos felices, demasiado. Las palabras de Dan siguen torturándome, siguen cavando en mi pecho.

Solo de algo estoy seguro: la sigo amando, necesito verla aunque sea para despedirme y necesita saber la verdad sin importar si es demasiado tarde.

Por eso cojo el teléfono y hago la última llamada de la noche.

—Voy a ir a Nashville —susurro apenas contesta, escucho la sonrisa de mi mejor amigo.

—¡Eso es, campeón! Creo que estás de suerte, Maggie también viene. Más bien, está aquí, acaba de llegar.

Sus palabras me producen un cosquilleo ante la emoción de saberla al otro lado de la línea. Eso es lo más cerca que hemos estado desde aquel día.

Pero luego toda mi sangre vuelve a correr cuando escucho su melodiosa voz, la voz de Maggie.